



† Lo que nos ha enseñado la R.E.C.

Por: Redacción Vida Cristiana

† “Donde todo escasea, Dios es suficiente” Mateo 4, 1-11 (I Domingo Cuaresma)

Por: Eduardo Llorens Núñez S.J.

† Poner el alma de raíz

Por: P. Jesús Marcoleta

De una de sus Cartas a Elpidio

P. Félix Varela y Morales

“Ábranse las páginas del Evangelio,
de ese sagrado testamento del autor del
Cristianismo,
y cada palabra brotará mil virtudes y
destruirá mil crímenes...

La franqueza y la generosidad,
el desprecio de los bienes temporales,
la sincera amistad,
el puro amor,
la paz y la alegría,
la obediencia sin bajeza y la superioridad
sin orgullo,
la ciencia con humildad,
la riqueza sin avaricia,
la pobreza sin envidia,
el sufrimiento con heroísmo,
la grandeza de almas,
la elevación de las ideas,
en fin,
todos los dones celestiales de este
código divino.

¿Y no será el que conviene al pueblo feliz
que yo había descrito?

¿Podrá haber un pueblo verdaderamente
feliz sin este código de salud?

No;

es el único en su naturaleza y origen:
no es la obra de los hombres, que no son
dueños de la felicidad:

viene de las manos del único ser que
puede darla.

El tirano se estremece al abrirlo,
más el hombre libre encuentra su placer
en leerlo;

el criminal se aterra y el justo se consuela
con su visita...”

SANTORAL

D 22: La Cátedra de San Pedro / L 23: San Policarpo / M 24: San Edelberto / Mi 25: San Luis Versiglia / J 26: Santa Paula Montal / V 27: San Gabriel de la Dolorosa / S 28: Santos Mártires de Alejandría

Memorias de VC, 23 de marzo de 1986, No. 1131

Lo que nos ha enseñado la R.E.C.

Por: Redacción Vida Cristiana



El ENEC ha terminado. Lo que no ha terminado, sino que acaba de empezar, es ese estilo nuevo de ser Iglesia en comunión y participación, en diálogo y en compromiso.

No es que seamos «otra Iglesia». Es que estamos descubriendo un modo nuevo de ser Iglesia. Y más que nuevo, habría que decir antiguo, el modo prístino y original de ser Iglesia: la de Pedro y de Pablo, la de Aquila y Priscila, los laicos misioneros de que nos habla el libro de los Hechos... la del desconocido seglar que fundó la Iglesia en Roma... La Iglesia de las Bienaventuranzas, de la Fraternidad igualadora, de la libertad respetuosa, de la unidad pluralista. Es la Iglesia del Concilio, que en nuestra América se llama también de Medellín y de Puebla. Es la Iglesia donde los pastores son parte del pueblo y donde el pueblo sencillo ama y respeta a sus pastores: donde todos

tienen algo que decir y mucho que escuchar. Donde los Maestros se hacen discípulos del Único Maestro y donde los discípulos descubren al Único Maestro en la voz de aquellos que dejó como guías y pastores de la grey.

¡Qué hermosa Iglesia, la que, reunida en el ENEC, no volvió al pasado la mirada con el ánimo de condenar, sino para aprender las lecciones de la Historia y para mirar hacia el futuro con ojos de Esperanza! ¡Qué hermosa nuestra Iglesia, que no ha justificado sus fallos, ni paliado sus errores, sino que ha sido capaz de mirarse a sí misma, incluso con los ojos de la misericordia, con la mirada de Dios, para descubrirse proyecto de salvación, don y regalo de Dios para los hombres!

¡Qué bella Iglesia la que, tratando de comprender las «cosas de Dios», es capaz de «analizarlo todo y quedarse con lo bueno», de perdonar y comprender en sí y en los otros, para, con la fuerza de Dios, comenzar de nuevo a cumplir con la tarea de siempre, la milenaria, liberadora y exultante Misión de la Evangelización!

Iglesia nuestra, humilde y bienhechora, niña y experta, sufrida y llena de esperanza, a ti te canto, con la voz sencilla de mi pueblo, como se puede cantar la pureza de una flor, la belleza majestuosa de la palma: ¡Iglesia mía sé lo que eres! Realiza sin temor el modelo que de ti tienes en María. Contéplate en el espejo de la «Madre de Dios y Madre de la Iglesia», para descubrirte llamada a la humildad y a la esperanza, a la fe y la fortaleza, a la sublime caridad, servicial, sacrificada y generosa.

“Donde todo escasea, Dios es suficiente”

Mateo 4, 1-11 (I Domingo Cuaresma)

Por: Eduardo Llorens Núñez S.J.



Tradicionalmente, la Cuaresma invita a vivir este tiempo desde lo penitencial, lo cual puede ser considerado como un hábito religioso válido. Sin embargo, hoy propongo mirarlo desde una actitud de interiorización y discernimiento, como expresa Mateo en su evangelio.

Estamos en el desierto, un escenario que ofrece elementos enriquecedores para nuestra oración y que, desde el punto de vista bíblico, conduce al encuentro con Dios. La aridez y la falta de distracciones del inhóspito lugar nos hacen volver a lo esencial y trascendente, así como a lo más profundo de nuestro ser. Por ello, al hablar del “desierto” en términos espirituales, debemos entenderlo no solo como un lugar físico, sino también como una experiencia de Dios que puede ayudarnos en momentos cruciales de la vida.

Jesús vive una experiencia que, en el lenguaje de hoy, traduciríamos como mística; cuando parece que no hay nada, Dios Padre se hace cercano. La ausencia de lo elemental que sufrimos como pueblo en estos días, nos llama a reconocer lo verdaderamente importante, dejando de lado discursos vacíos y repetitivos.

Las tentaciones que enfrenta Jesús son los desafíos que encontrará durante su vida terrenal, y a la vez son reflejo de las pruebas que, como cristianos, enfrentamos en nuestro día a día. Es decir, esta-

mos ante situaciones humanas tocadas por la gracia de Dios.

El Hijo de Dios se sintió tentado a regresar a la tranquilidad de Nazaret, donde no tendría que convertir piedras en panes: es la tentación de usar los milagros para resolver situaciones ordinarias. También tuvo la tentación de pedirle al Padre una señal, lanzándose del Templo, antes de comprometerse con su misión: es la tentación de lo espectacular para convencer. Finalmente, se sintió tentado, como el pueblo de Israel, a instaurar el “reino de Dios” desde el poder político: es la tentación al mesianismo, que tanto daño sigue haciendo a la humanidad.

La respuesta de Jesús a las tentaciones, con frases de la Sagrada Escritura, demuestra que obedecer a Dios está por encima del pan, del éxito y del poder. No existe realidad humana para el cristiano con más peso que Dios. El pecado y las tentaciones forman a nuestro alrededor una estructura que nos atrapa. El buen uso de la libertad y nuestra obediencia a Dios rompen esos muros y nos hacen actuar de manera diferente a la propuesta de Jesús.

José Enrique Ruiz de Galarreta S.J., teólogo ya fallecido, explicó bien el alcance de las tentaciones de Jesús: “En Jesús vemos la situación humana completa: el ser humano acosado por debilidades y oscuridades... y lleno de la fuerza de Dios que le hace superar todo eso para cumplir el plan de Dios”.



Orando en la semana

- D 22:** Gn 2,7-9; 3,1-7/Sal 50,3-4.5-6a.12-13.14.17/
Rm 5,12-19/Mt 4,1-11
- L 23:** Lv 19,1-2.11-18/Sal 18,8.9.10.15/Mt 25,31-46
- M 24:** Is 55,10-11/Sal 33,4-5.6-7.16-17.18-19/
Lc 11,29-32
- Mi 25:** Jon 3,1-10/Sal 50,3-4.12-13.18-19/ Lc 11,29-32
- J 26:** Est 14,1.3-5.12-14/Sal 137,1-2^a.2bc.3.7c-8/
Mt 7,7-12
- V 27:** Ez 18,21-28/Sal 129, 1-2.3-4.5-7^a.7bc-8/
Mt 5,20-26
- S 28:** Dt 26,16-19/Sal 118,1-2.4-5.7-8/Mt 5,43-48

Poner el alma de raíz

Por: P. Jesús Marcoleta



Son muy duros los días que corren. Si Dios no nos enciende la esperanza, si no somos capaces de mantener encendida la fe, se hará cuesta arriba sobrevivir. La clave nos la ofrece a los cristianos el apóstol san Pablo, cuando exhorta asociar nuestros sufrimientos a los de Cristo en la cruz, a completar en nosotros lo que faltó en la suya, con ese remanente de amor que nos corresponde. Se trata de unir al vaciamiento del Hijo en el Calvario, que ya sabemos —y lo supo y vivió José Martí—, que hay que aprender a morir todos los días en la cruz, con Jesús. Dulce María Loynaz hablaba de poner el alma de raíz.

Hace muchos años, en la última misa por su onomástico, escuché a un sacerdote expresar: “he emprendido mi subida a Jerusalén”. Y así es nuestra vida de enamorados de Cristo: avanzar, y decididos en el emprendimiento, liberarse de los pesos retardatarios. “Si

quieres —dice el Maestro— siempre si quieres, venir conmigo, toma tu cruz, niégate a ti mismo, vacíate de lastres y sígueme”.

Tomar la cruz de cada día, y más en las circunstancias tan desastrosas que atravesamos, es la clarinada vocacional más áspera de estos tiempos, tan ardiente como el sol que abraza de continuo nuestra isla. Lo que hizo de la propuesta cristiana una explosión en el mundo, religión novedosa y rara, fue la cruz. La cruz, que de patíbulo transitó a signo del triunfo del amor.

La cruz de cada día es nuestro bautismo con fuego, la copa a beber por dar testimonio de la verdad, de vivir sirviendo para morir reinando; de arar sin entretener la mirada para no perder el hilo del surco. Pero da miedo, la cruz atemoriza. Una cosa es una cruz de adorno y otra de carne y sangre.

Santa Teresa de Jesús decía que todos los males nos vienen de no tener los ojos fijos en Jesús y a este crucificado.

Líbranos del miedo que paraliza y adocena, Señor. Líbranos por tu amor, levántanos por tu misericordia y en la ruda vocación a abrazar la cruz de cada día, haznos ver tu promesa, pronuncia tu juicio de misericordia, abre tu tiempo de gracia y que se consuma tu alianza.